

y Galeana, en que había sido derrotada una partida de americanos.

Asistió después Zúazúa á la batalla de la Angostura y siguió prestando sus servicios hasta la conclusión de aquella desastrosa guerra con los tratados de Guadalupe. Entonces se retiró á su pueblo, descepcionado de los hombres que regían los destinos de la patria, tan débiles en los campos del combate, como al consentir en la pérdida de la mitad de nuestro territorio.



### III

INSURRECCIÓN DE LA FRONTERA.—TOMA DE MONTERREY.—UNIÓN CON FUERZAS DE TAMAULIPAS.—TOMA DEL SALTILLO.—MARCHA AL INTERIOR.—COMBATE EN MORTERILLOS.—OCUPACIÓN DE SAN LUIS POTOSÍ.

1855.

Para un hombre nuevo y animoso, resuelto y lleno de vigor, como lo era el Capitán Juan Zúazúa, cuando acaeció el desastroso desenlace de la guerra norte-americana; natural es pensar que la buena fe y la decidida voluntad, con que en alas del patriotismo había volado á los campos de batalla, recibiendo así el bau-

tismo de fuego del ciudadano, sintiese un choque rudo, que fuera un acerbo desengaño para su espíritu, virgen en política. La conmoción moral que sufrió fué muy profunda. Se encerró en su pueblo, donde continuó, sin embargo, siendo el defensor del hogar, el Jefe de sus conciudadanos en las correrías de los bárbaros.

¿Pensaría, ocasiones, el Sr. Zúazúa, cuando recorría los solitarios bosques, atronados con el terrible alarido del comanche, que era preferible batirse contra tan implacable enemigo, que ser víctima de las combinaciones de los políticos de la malhadada escuela, que casi había hecho objeto de tráfico el santo honor nacional? ¡Quién sabe! Pero si es verdad que las decisiones resueltas, inquebrantables, reconocen por causa profundas é invariables convicciones; fuera de duda es que el fronterizo, cuya vida reseñamos, sintió marcada aversión para con los hombres que implantaban en México un sistema de gobierno, incompatible con la dignidad del ciudadano independiente.

Inoportuno nos sería reseñar el estado político de la República en aquella época; pero, no obstante, creemos que deben tocarse los sucesos políticos, cuando en ellos aparece de algún modo el Sr. Zúazúa, para poder apreciar la trascendencia de sus hechos, la importancia de su personalidad. Su figura comienza á destacarse acentuadamente desde 1855, mirándose desde entonces en él al caudillo,

que personifica al fronterizo guerrero, entre cuyas cualidades resaltan como típicas, la intrepidez, la lealtad y la firmeza.

\*  
\*  
\*

Gobernaba al país, habiendo sido llamado del extranjero, D. Antonio López de Santa Anna. Los puntos capitales de su sistema de gobierno eran dignos de la mas absoluta de las monarquías. El Dictador bien podía repetir la frase que se atribuye á Luis XIV: "*El Estado soy yo.*"

"Centralizado el poder público por el decreto de Mayo (de 1853,) se lee en *México á travez de los Siglos*, centralizados á su vez el "14 las rentas de la Nación; fortalecido el "poder discrecional por la creación de un "cesivo ejército de noventa mil hombres, "creado por disposición de veinte del mismo "mes; restablecidas en decreto de 2 de Junio "las alcabalas, sin perjuicio de la "continuación de todas las contribuciones existentes, según lo dispuesto por el de 14 de "Mayo ya citado; las bases del poder abusivo y arbitrario, fuente del suspirado absolutismo, quedaban puestas y afirmadas y preparada la implantación de la monarquía."

Gobierno de tal modo constituido, y que en cada uno de los Departamentos ponía á su capricho Comandantes Militares con el nombre de Gobernadores; que desterraba á Europa al ex-presidente Arista; que con pretexto de castigar salteadores prodigaba la muerte por Consejos de guerra á personas desafectas á la administración; que insultaba al pueblo con instituciones monárquicas, como la de la orden de Guadalupe; que destinaba tres millones de pesos para traer tres Regimientos de Suizos, y, en fin, que de los siete millones que pagaron los Estados Unidos Americanos, según los tratados de la Mesilla, dispuso en corto tiempo, sin utilizar un solo centavo en provecho público; gobierno tal, no podía, no debía sostenerse, si es que los hijos de México estimaban en algo su dignidad y sus libertades políticas.

“La Dictadura, dice el sesudo autor de la *Historia de la Revolución de México contra la Dictadura del General Santa Anna*, no sólo hizo pesar su cetro de hierro sobre los actos de la vida civil, sino que penetró con los caprichos de su autoridad, hasta en lo mas recóndito del hogar doméstico, para imponer sus mandatos á las acciones de la vida privada. Después que llegó á su apogeo el desarrollo de aquel poder sin límites, ni barreras, fué ya imposible á los ciudadanos entregarse á las expansiones de su corazón entre las cuatro paredes de su casa, para obsequiar á un amigo, para tributar honores al talen-

“to, al genio ó la gloria. Si aquellos actos irritaban la envidia, la vanidad, ó cualquiera otra de las pasiones del gobierno, una orden suya terminante y severa, llegaba hasta el seno de las familias para prohibirlos. La República parecía, ya una cárcel, ó un cuartel, donde nadie se movía sin permiso del Alcaide ó del General en Jefe.”

Aquel orden de cosas, repetimos nosotros, tan opuesto á las inclinaciones marcadamente democráticas de nuestro pueblo, no podía subsistir; porque, de lo contrario, entre los acicates de los genízaros de su Alteza, llegaría á ser despedazado el lábaro de las libertades públicas. Y no subsistió en efecto. Vino la revolución, el Plan de Ayutla, que con la reforma del Plan de Acapulco, puso en conflagración al país. En todos los Estados tuvo eco aquella formidable voz de alarma, y se aprestaron decididos campeones á luchar contra el Dictador, quien no era sostenido mas que por sus bayonetas, pues la opinión pública ya lo tenía juzgado. En los pueblos el querer es poder.

\*  
\*  
\*

Nuevo-León no debía permanecer indiferente á los reclamos de la dignidad nacional. Desde el año de 1847, D. Santiago Vidau-

rri, hijo de Lampazos, servía la Secretaría de Gobierno de nuestro Estado, después de desempeñar en ella empleos secundarios desde hacía varios años. Tal circunstancia lo puso en condiciones de apreciar los acontecimientos políticos del país; de explorar las manifestaciones de la opinión de hombres de valer, respecto al orden de cosas de la época y de escoger la oportunidad de tomar una resolución definitiva en la revolución iniciada en Ayutla contra Santa Anna.

Era Gobernador de Nuevo León el General Gerónimo Cardona, para quien, según se desprende de documentos oficiales, era desconocido el hecho de que su Secretario Vidaurri tramase algo en contra de su Alteza. No supo el cándido gobernante ni que aquel celebrara una conferencia con el entonces Capitán, Nicolás Régules, que vino de comisionado del interior, y ni que tuviera frecuentes reuniones con muchas personas de esta capital. El primer aviso, la primera noticia que tuvo del complot, fué la desaparición del Sr. Vidaurri la noche del 11 de Mayo de 1855, en unión de varios individuos de esta ciudad, entre ellos, algunos jóvenes estudiantes de Jurisprudencia, como lo fueron D. Simón de la Garza y Melo, D. Ignacio Galindo y otros varios.

Cardona mandó perseguir al prófugo. Ignoraba que en Lampazos, lugar para donde se dirigió, ya el Capitán D. Juan Zúazúa estaba preparado. Allí se proclamó el plan de

insurrección contra el Dictador, plan que se llamó *Restaurador de la libertad*. Sin pérdida de tiempo, el intrépido Zúazúa marchó sobre esta capital, aprehendiendo á su paso por Villaldama al Sub-prefecto político. Desde aquel momento, Zúazúa fué el Jefe de las armas, el elemento militar de la revolución, pues tenía todas las aptitudes necesarias para saber mandar y todas las condiciones para ser obedecido.

Al presentarse frente á Monterrey la fuerza del caudillo del Norte, fué engrosada con muchos que voluntariamente se le unieron. El 22 de Mayo se atacó la Ciudad, la cual fué tomada al día siguiente, cayendo en poder del vencedor todos los pertrechos de guerra y aun la guarnición.

Concluían los fuegos del combate, cuando el Vice-Cónsul español llamó al Sr. Vidaurri á su casa, donde se hallaba refugiado el General Cardona. Al ver éste entrar al Jefe de la insurrección, dirigióse á él visiblemente conmovido, diciéndole:

—Vidaurri: mi existencia!

—“Señor: contestó Vidaurri (son palabras textuales), yo no soy asesino, ni sanguinario; yo, que detesto la revolución, he sido arrojado á ella por V. E. que desgraciadamente se ha dejado dominar de perversos consejos, quienes han traído las cosas á este estado, y obligado á Nuevo-León á que use de su derecho, después de tanto sufrimiento, al ver que la dureza del Gobierno ha llegado

“á conspirar y atentar contra las garantías de los ciudadanos.”

El Sr. Vidaurri, muy conocedor de la administración pública, la reorganizó en breves días, tomando el carácter de Gobernador y Comandante Militar de Nuevo-León y Coahuila, reservándose, además, el mando en Jefe del Ejército Restaurador de la libertad. Aunque Zúazúa era el segundo en Jefe, fué el alma de ese mismo ejército, y en los campos de batalla su único caudillo. Después de aquel primer triunfo se le dió á reconocer en la orden del día como Coronel efectivo.

Monterrey y los demás pueblos del Estado se adhirieron con entusiasmo al movimiento. La institución de las milicias cívicas, acordada por la Constitución local de 1825, y el estado de guerra continuo en que se habían hallado las poblaciones, así de Nuevo-León, como de Coahuila, contra los salvajes, dieron suficientes soldados, á quienes comunicaba entereza el calor con que abrazaban la nueva causa.

En Ciudad Victoria, capital de Tamaulipas, había un batallón de las fuerzas dictatoriales, en que figuraban Jefes y Oficiales nuevo-leoneses. Entre ellos se encontraba el joven Ignacio Zaragoza de Capitán de una compañía, fungiendo de Mayor del Cuerpo. Entre sus compañeros inició secundar el movimiento de Lampazos, y habiendo aceptado algunos, pudo salirse de la plaza, al frente de parte del batallón, marchando para Monterrey. En

el Sur del Estado se comenzó á organizar fuerza por el Comandante José Silvestre Aramberri y el Capitán Mariano Escobedo, que de buen grado secundaron la insurrección, marchando éste sobre Matehuala en exploración de fuerzas del interior de la República.

Nada despierta el entusiasmo en todo movimiento que se inicia como la actividad. Vidaurri y Zúazúa así lo comprendieron, y, sin pérdida de tiempo, marcharon sobre el puerto de Matamoros, donde se hallaba con una fuerte guarnición el General centralista Adrian Wool. En Ciudad Mier se les unieron las fuerzas liberales que comandaba el General Lic. D. Juan José de la Garza, siendo éste nombrado segundo en Jefe del Ejército del Norte, ó Restaurador, que era compuesto de soldados de Nuevo-León, Coahuila y Tamaulipas. Habían ocupado á Camargo, cuando Vidaurri recibió parte del Comandante Aramberri, de que el Capitán Escobedo había tenido un encuentro con fuerzas Santa-annistas en la Ciudad de Dr. Arroyo, y además, que el General Güitán, con una columna de 1,200 hombres de las tres armas, se dirigía al Saltillo, á reforzar al General Cruz, que guarnecía dicha plaza.

Aquel parte determinó un movimiento de contra-marcha, ó sobre Monterrey, que se verificó, dejando en Camargo al General Garza con sus fuerzas y doscientos rifles de Nuevo-León, viniéndose Vidaurri y Zúazúa con

las suyas y doscientos infantes de Tamaulipas al mando del Capitán Pedro Hinojosa. Asegurada así la retaguardia, se alejaba toda inquietud por cuanto á los movimientos de Wool.

La marcha sobre el Saltillo se verificó aceleradamente, incorporándose aquí en Monterrey, Aramberri y Escobedo, dándose á reconocer al primero como Teniente Coronel. Aquella plaza contaba ya con 2,000 hombres abastecidos de abundantes pertrechos de guerra. Zúazúa llegó á su vista el 22 de Julio, y, habiéndose hecho los reconocimientos necesarios, en la misma noche dispuso el ataque, formando tres columnas, al mando de los Capitanes Ignacio Zaragoza, Mariano Escobedo y Pedro Hinojosa. Las tres, al amanecer el nuevo día, asaltaron con singular denuedo las fortificaciones, cayendo la ciudad tras de reñida refriega en poder de los asaltantes. Los Capitanes dichos fueron ascendidos á Comandantes, y á Sargento 2.º el Cabo Pedro Martínez. Casi toda la guarnición cayó prisionera.

El Gobernador Vidaurri se volvió á Monterrey para atender á la administración pública, marchando sobre el interior Zúazúa. En breves días logró el activo Jefe que secundasen el plan revolucionario el Cedral, Matetuala, Catorce, Charcas, el Venado y Mochtezuma, dirigiéndose sobre San Luis. Ocupaban esa plaza los Generales Anastasio Parrodi, Gobernador del Departamento, y Güitián,

que se había replegado sobre ella, con los restos que le habían quedado del Saltillo. A su vez, por Tula, había marchado con fuerzas el General Lic. Juan J. de la Garza, por haber Wool ídose de Matamoros, y dejado al Coronel Castro con poca fuerza, que no podría emprender nada sobre Monterrey.

El 13 de Agosto, Parrodi y Güitián se pronunciaron contra el gobierno de Santa Anna, aclamando, el día 16, como Jefe del movimiento, al General Antonio Haro y Tamariz. El General Garza, excitado por éste, celebró con él un convenio “en virtud del cual, se dice en *México á Travez de los Siglos*, se comprometían á sostener la revolución hasta conseguir la reunión de los Generales en Jefe de las fuerzas pronunciadas, para que acordasen los medios de restablecer la paz; la organización de un gobierno provisional ampliamente facultado para hacer en la administración pública, cuantas reformas fuesen necesarias, y fijar las bases de la convocatoria del Congreso constituyente, siguiendo los principios de la democracia.”

Semejante convenio traía un nuevo plan, un nuevo elemento de discordia, pues venía á romper la unidad que debería reinar en el partido, que se levantaba en armas contra la Dictadura. Ni Zúazúa, ni Vidaurri lo aprobaron. Con ese motivo tuvo ocasión una función de armas, que valió al intrépido Coronel, mas que un triunfo material, un triunfo moral de trascendencia.

De San Luis se desprendió el General Parrodi con una fuerte columna de las tres armas sobre las fuerzas fronterizas, que se hallaban en Morterillos, y en donde se les incorporó el Comandante Martín Zayas con unos 200 hombres, con que se había sustraído del mando del General Garza, por no estar conforme con lo que este Jefe había pactado con Haro y Tamariz. Días antes se había presentado voluntario el joven D. Albino Espinosa. El 12 de Septiembre, Parrodi asaltó por tres veces, desde la una á las seis de la tarde, la línea de los fronterizos, establecida sin parapetos en una colina, habiendo sido rechazado siempre. Maltrecho tuvo que replegarse por la noche á la Villa de Moctezuma. Entonces Zúazúa concibió un atrevido proyecto, cual era tomar á San Luis. Dió instrucciones al Comandante Escobedo que con los escuadrones 5.º y 6.º, que dejaba á su mando, tirotease á Parrodi incesantemente.

—Me lo entretiene Vd., le dijo Zúazúa, tres días no más, y estoy seguro de ocupar á San Luis. Con lo demás de la fuerza marchó rápidamente sobre aquella plaza. Al presentarse ante ella mandó al Teniente Coronel Aramberri á intimar rendición. ¡Cuál no sería la sorpresa de los Jefes de la plaza, cuando, en pleno día y en el centro de la Ciudad, se presentó un grupo de oficiales, tocando parlamento un clarín de los mismos! Azorados, se encaminaron hácia dicho grupo, encabezado por Aramberri, quien fué conducido á la

presencia de Haro y Tamariz, Jefe de la plaza. Al hallarse ante él,

—Vengo, dijo el Sr. Aramberri, de orden de mi Coronel Zúazúa á notificar á Vd.: que si en el término de dos horas no se entrega á discreción la fuerza que guarnece la plaza, no responde por la vida de nadie.

—Y ¡Parrodi! ¿dónde está? Se le preguntó.

—Esé individuo no es soldado de mi cuerpo, contestó el Sr. Aramberri, sonriéndose con ironía.

Inexplicable era para Haro y Tamariz la actitud amenazadora del Coronel Zúazúa, pues creía que no hubiera podido resistir á Parrodi, destacado por él para batirlo.

Sin embargo, los fronterizos se presentaban en són de triunfo, y habiéndose interesado muchos de los mas prominentes particulares, en que se evitase una efusión de sangre, se acordó un arministicio, que dió por resultado el que el 27 del mismo mes de Septiembre, cayera la Ciudad en poder del Coronel Zúazúa. En seguida mandó en calidad de comisionados al Sr. Teniente Coronel Aramberri y al Sr. Pilar Bustamante á conferenciar con el Sr. General Comonfort que se hallaba en Lagos, y á hacerle presente el plan de Haro y Tamariz, Parrodi y Güitián, y la resolución firme de la Frontera, de no consentir el que se falseara el plan de Ayutla.

Aquellos tres consecutivos triunfos dieron á conocer al Coronel Zúazúa, y son una prue-

ba palpitante de sus dotes militares nada comunes. En el breve tiempo, transcurrido desde el día de la insurrección en Lampazos, al de la ocupación de San Luis Potosí, no pudo formar fuerzas disciplinadas, batallones que pudiesen maniobrar con estricto arreglo á la ordenanza militar. Pero eran sus soldados, los soldados hechos en los combates contra los Comanches; eran los hombres que no contaban al enemigo; que fiaban el éxito de la lucha, á la impetuosidad en el ataque, á la serenidad en el peligro, y á la agilidad de batirse á pié ó á caballo, abriéndose brecha con lo certero de sus tiros y con la tenacidad en el combate.

Para aquellos bizarros ginetes, que manejaban el caballo con una agilidad suprema; para aquellos soldados, cuyo uniforme no era sino una blusa roja, que fué el terror de los defensores de la reacción; no había distancias, ni fatigas, que no pudieran ser vencidas, y ni fosos, y ni fortines y ni reductos, que pudieran resistir á su impetuoso empuje. Con ellos, también ejercitados en las luchas contra los salvajes, é iguales en intrepidez, había hijos de Coahuila y Tamaulipas, pudiendo decirse que aquel nuevo y batalloso orden de cosas halló convertidos en soldados, á todos los hombres de la Frontera, que podían llevar un rifle. Y tal era el espíritu que los animaba, que el desertor era visto con el mas alto desprecio hasta por los miembros de su misma familia. Era de amor pro-

pio ser fiel á la bandera y leal para con los camaradas.

El Coronel Zuazúa, es forzoso decirlo, fué la manifestación mas inequívoca de la condición bélica de entonces, á la vez que la mas fiel personificación del fronterizo guerrero. A sus notables cualidades militares adunaba la energía, la firmeza y la certera perspicacia, que le hacía ver la trascendencia de sus actos. Sabía ponerse siempre á la altura de las circunstancias. Carácter tan levantado lo hizo muy pronto ser temido de los Jefes aun mas prominentes de la reacción. En él, como que se encerraban las aspiraciones mas firmes, de no adoptar términos medios, cuando se trataba de principios. Transigir, ocasiones, equivale á una derrota. Nunca desmintió su entereza.

